

Memoria Docente y Experiencias Pedagógicas Narrativas - 2005-

Nivel: Inicial

Jardín de Infantes N° 35

Domicilio: Avenida Eva Perón 1325

Localidad: Río Gallegos

Provincia: Santa Cruz

Teléfono: 02966-435158

E-mail: mirta_pfeif@hotmail.com

Responsable de la Experiencia:

Mirta María Pfeif – DNI N° 14.604.629 – Tel.: 02966-436377.

Título de la experiencia: “Integración: entre ideales y realidades.....”

Autora: Mirta Pfeif

Participantes: Mirta Pfeif - Maestra de Sección - Analía Rodríguez – Maestra Especial Integradora

.....
..

“Integración: entre ideales y realidades...”

Dónde y cuándo.....

Desde 1998 trabajo en un Jardín de Infantes que está frente a mi barrio, a la derecha del edificio está la escuela N° 47, con la que nos comunicamos a través de una puerta, detrás del escenario. Al otro lado y pasando la calle pocas casas particulares; atrás del jardín, la escuela y frente a algunas de esas casas se extiende una gran laguna. Solemos ir a la laguna con los niños cuando hay patos y patitos, ó simplemente para ver el reflejo de la otra orilla un lindo día de sol y sin viento. Por fin, al otro lado, un descampado que llega hasta la Ruta 3. Es la ruta asfaltada que une la Patagonia con “el norte”, ruta de acceso y comunicación con el resto del país. Nuestros alumnos vienen de los barrios cercanos, pero cada vez más gran parte proviene de lugares más alejados, incluso algunos vienen de las chacras.

Por qué.....

Era febrero de 2003, antes del comienzo de clases se confirma que la escuela N° 62 que comparte el edificio con la E.G.B. N° 47 de al lado, se muda a sus propias instalaciones, por lo tanto la dueña de casa reorganiza su funcionamiento y mis tres hijos comienzan a concurrir en el turno mañana desde ese momento. Solicito el cambio de turno también en mi trabajo y encuentro que la maestra de sala con quien hago el intercambio de turno ya había tenido reuniones con personal de la Escuela Especial, desde la cual se integrarían cuatro niños, dentro del Proyecto “Primera infancia, diversidad y aprendizaje”.

Por estas casuales circunstancias me entero que se iba a implementar este proyecto, ya que no hubo una instancia de socialización con toda la institución, sólo en el turno mañana, tanto para la presentación como para la selección del personal que quisiera participar.

Mi imprevisto cambio de turno me convierte en la transitoria usurpadora de algunas proyecciones e ilusiones ajenas, pero felizmente esa sensación pasa muy pronto dejando lugar a la responsabilidad de conocer el proyecto, a la maestra integradora, el personal de la escuela especial, los niños y asumir la tarea.

Un poco de historia.....

A lo largo de los diecisiete años anteriores, en diferentes oportunidades y lugares he tenido en la sala niños con Necesidades Educativas Especiales, aunque antes no les decíamos así: Síndrome de Down, problemas neurológicos, dificultades motoras, con poca o ninguna movilidad por sí mismos, en silla de ruedas, a veces con apoyo de docentes de escuelas especiales y en otros casos no.

Ahora se imponen nuevos conceptos.....

Es distinto: dos instituciones implicadas, cuatro niños con Síndrome de Down, que forman parte de un grupo de 18 niños en total, de cuatro años, como lo indica el proyecto debe ser un grupo reducido, y una maestra especial integradora permanente con quien formaría **pareja pedagógica**. Y ahí comienza un nuevo desafío, una experiencia distinta y la expectativa, los nervios, ante lo que resulta en parte desconocido, y los temores de no poder estar a la altura de las necesidades de estos niños.

Aunque aún no conocía a la maestra especial, ya que apenas intercambiamos unas palabras en una reunión, me sentía bien al saber que en este nuevo camino no iba a estar sola, que ella estaría ahí justo en el momento en que necesitara preguntarle algo, ó apoyarme en ella cuando no supiera qué hacer o cómo hacer. Pero en el fondo la idea de trabajar *codo a codo* con alguien especializado, me causaba alivio y entusiasmo.

Y ahí llegaron.....los niños del Proyecto.

Nicolás con su sonrisa compradora, un dulce total con sus mimos, besos, abrazos, saludos con ¡hola! repartidos a todos, yendo de aquí para allá en ese patio tan grande, con tantas puertas que invitan a ver qué hay detrás. Un simpático niño con ganas de jugar, con su caminar muy chueco porque como creció hay que conseguirle férulas nuevas, y era preciso darle la mano para que pudiera seguir al grupo, recordarle que cierre la boca para que no caiga la saliva, y si ensucia el pañal, habrá que cambiarlo.

Era el que más hablaba, respondía al saludo, contestaba, sonreía, daba abrazos “de garrapata” y besos pegajosos.

Su mamá lloró de emoción al traerlo la primera vez, con alegría y agradecimiento. Trata de procesar años de ilusión de poder ver a su hijo ingresar a un jardín “común”, las infinitas certezas y auto convencimientos de que eso jamás ocurriría, con esta realidad tangible frente a sus ojos: su hijo comenzaba en un jardín normal la sala de cuatro años, ¡era tan feliz!

Vanina es otra alumna, la flaquita, movediza, pizcueta, inquieta niña siempre prolijamente peinada y vestida, desplegando su coquetería. Segura, independiente, desafiante a veces y muy manejadora de los adultos con sus caprichos. Aunque su lenguaje era más rico, no lo usa todavía, o lo usaba sólo cuando ella quería y con quien quería. Los papás nos contaban que en la casa habla todo, también con su hermana, que le tenía una paciencia infinita.

Lucrecia es hija única, los papás la traen con mucha emoción y alegría, pero sobre todo con mucha ansiedad. Ella se mostraba algo tímida, entonces agachaba la cabeza, saludaba con un beso pero no hablaba, era necesario recordarle que cerrara la boca. Presentaba mayores problemas digestivos y era necesario llegar a un acuerdo para su atención e higiene: una vez cada una, y prever que no falten guantes descartables en el armario.

Carina era la “dama inglesa” del grupo, con sus trenzas bien ajustadas, impecable su presentación, el estrabismo más marcado y su cuerpo gordito. Se mostraba tranquila, algo tímida, agachaba la cabeza, no hablaba, no contestaba pero sonreía, besaba y abrazaba muy fuerte. Estaba atenta, respondiendo a los llamados, se mostraba segura, independiente y muy obediente.

Los cuatro compartieron un año de Jardín Maternal en la Escuela Especial y estaba felices de volver a verse, se reconocían, se saludaban con abrazos y besos, se ayudaban invitándose para ir de la mano. Carina y Lucrecia asumen la protección de Nicolás. Él es mayor, pero lo buscan y traen de aquí para allá como si fuera su bebé. Entonces él se dejaba llevar por un tiempo se somete a sus mandatos de “madres”.

La pareja pedagógica, una nueva idea.....

Tuve suerte, me tocó compartir esa tarea con Analía, una maestra joven, con ganas y buena predisposición, responsable, criteriosa y que sabe hacer lo suyo. Nos entendemos rápidamente, sentí que era una persona en la que podía confiar personal y profesionalmente. Y resultó a cada paso como lo había deseado: pude aprender de ella. Pronto me pone al tanto sobre las características típicas del síndrome, y muchos aspectos que tienen que ver con reacciones y características de la familia, esto me sirvió para comprender y actuar con más seguridad.

Nos ponemos de acuerdo: ser las dos maestras de todos los niños, ambas debemos ser referentes igualmente válidos para todos los alumnos y padres, esto implica repartir y compartir todas las tareas, planificaciones, entrevistas, informes, hablar con los padres, reuniones en la Escuela

Especial y en el Jardín con el Equipo de Profesionales de la Escuela Especial (Psicóloga, Psicopedagoga, Asistente Social, Fonoaudióloga) que son necesarias realizar para el seguimiento de los avances y retrocesos, y además reuniones con la participación de los Equipos de Conducción de ambas instituciones.

Al principio Analía siente que los docentes del Jardín no la incorporan como a un par más, que tanto las colegas como los padres se dirigían a mí como el principal referente, y ella ocupaba un lugar casi de asistente. En ese momento no supe cómo modificar esta situación, que no pasaba por la mala voluntad sino por la falta de experiencia y cierta dificultad para comprender las implicancias de este proyecto.

Paulatinamente Analía se fue animando, asumió un rol más activo y espontáneo, a medida que conoce el trabajo en esta nueva institución, con una modalidad propia y particular, y aumentaron sus seguridades.

Mientras transcurre el tiempo, en el hacer cotidiano logramos entendernos con la mirada. Una u otra guiaba las distintas actividades, daba las consignas. Durante las primeras semanas creo que hice lo que los chicos: la observo cómo actúa, cómo los trata, cómo les habla, como maneja los tiempos, luego imito ese modelo. Sin proponérselo estamos evaluando en forma permanente, observando en todo tiempo y lugar, y cuando veíamos que la cosa “no iba”, ella siempre tenía bajo la manga un cambio de estrategia.

Aunque es clarísimo que la integración de los niños es fundamentalmente social, sobre la marcha me planteo ¿sólo ellos tienen algo que aprender?

La presencia de estos niños en el jardín es algo nuevo y las miradas curiosas podían captarse entre los docentes y los padres más que en los niños. En la mayoría de los colegas observábamos cierta aprensión al estar con ellos y escuchábamos expresiones como “me da cosa”, “no sé cómo tratarlos, o cómo decirle ó qué hacer en ese caso”. Comprendía que parte de nuestra tarea también implicaba dar información, pautas y estrategias que sirvieran de herramientas al resto del personal.

En este turno funcionan dos salas de cuatro años y dos de cinco años. Cuando estábamos todos juntos en el patio eran muy pocos los niños que reparaban en que eran distintos y abiertamente preguntaban ¿qué le pasó? ó ¿por qué es así? Algunos daban un paso atrás, con temor y desconfianza, cuando ellos se les acercaban para saludarlos y tocarlos, y otros por el contrario, especialmente a las nenas más grandes, les enternecían y trataban de sobre protegerlos.

Y... ¡manos a la obra!.....

Las primeras actividades fueron para conocernos e integrarnos, todo iba bien, ellos era “uno más”, pero había que **estar allí**, ponerle el cuerpo, repetir una y otra vez las consignas, esperar, darles

tiempo, volver a repetir, tratar de que lo hagan por sí mismos, buscarlos, y volver a buscarlos, tenerlos cerca. A veces los compañeros ayudaban, les ofrecían la mano para desplazarse, les buscan la mochila o la campera, les acomodaban los materiales en la mesa. Había que decirles muchas veces: "decile, hablale, porque aunque no te hable él / ella te escucha y te entiende, ó, dejá que ahora lo haga solo / a", y muchas veces nos preguntamos si no estamos dando mensajes contradictorios al resto del grupo, por eso es necesario estar explicitando todo en forma constante: ayudar no es lo mismo que "hacerle todo".

También hubo muchos momentos de quejas, acusaciones y en más de una ocasión alguno fue el "chivo expiatorio" en una situación en la que ni siquiera estuvo presente. Era necesario entonces hacer un paréntesis en la actividad para aclarar, reflexionar, y explicitar principios de equidad, verdad y de justicia.

Reunidos en la alfombra comenzaron a participar: contestan una pregunta, pasan a dar vuelta la foto de la asistencia, permaneciendo sentados, atendiendo a las canciones o realizando los movimientos que estas indican.

Durante un tiempo se relacionaban entre ellos, permanecían juntos, se buscaban, se entendían con la mirada y los gestos, se abrazaban y hablaban pero.....

Ellos no estaban solos.....

Poco a poco la intervención constante de los otros niños les obligaba a darles atención, compartir actividades y espacios, pero en general no interactuaban. Aquí comienza a jugar un papel fundamental la imitación. Vanina especialmente es muy observadora y nos imita hasta la postura corporal, los gestos. Cuando trataba de hacerse entender por señas o gestos la estimulamos a que use la palabra.

El resto del grupo se adapta, toma confianza, se suelta y con el tiempo se muestran tal cual es: muy inquieto, algunos muy conversadores, otros gritones, activos, curiosos, otros avasalladores, y algunos pocos muy tranquilos, pero al momento de defenderse van a saber ponerles los límites. Pienso que este grupo es ideal para estimularlos, teniendo en cuenta que el proyecto apunta a la integración social.

Pasado un buen tiempo fueron uno más en la fila para saludar a la bandera, en el tren para cualquier desplazamiento, participando de las actividades de música, realizando la higiene personal en el baño, aunque es necesario estar ahí para supervisar y acortarles los tiempos, y cuidar a Lucrecia a quien sus manos se le deslizan hacia todo lo ajeno con suma rapidez, o para empujar, tirar el pelo, trepar a la mesada para mirarse en el espejo más de cerca.

El espejo de la sala de música era un imán irresistible para ella y Vanina, les gustaba mirarse, hablarse, bailar, reír; y las puertas corredizas del armario eran el juguete preferido de Nicolás. Por momentos sentía que no hay ningún registro de pertenencia al grupo. Pero ¡qué emoción cuando Lucrecia se fue al rincón para ser el "lobo feroz"! y podía nombrar las distintas prendas, con ayuda de las señas primero, y después sola. Daba trabajo hacerle entender que los otros niños también querían ser el lobo.....

Gatear, sacarse las zapatillas y las medias, cambiarse constantemente de lugar, levantarse y deambular por la sala, o escaparse, eran conductas que incidían en la atención de ellos mismos, del resto del grupo y de la nuestra.

En cada uno de los espacios compartidos y en las diferentes actividades se trataba de que permanezcan con el grupo, y esto resulta ser una ardua lucha a veces de más de dos o tres personas ya que se dispersan con suma facilidad y tienden a deambular. En el patio y durante las clases de educación física hay una constante buscarlos de atrás del escenario, detrás de la columna, dentro de los baños o de alguna sala, cuando no de la cocina, la secretaría, la dirección o algún depósito.

Buscar estrategias, poner límites, hablar con los padres, dar pautas claras, lograr que todo el personal comprendiera que cada uno debe colaborar desde su lugar, y romper con algo tan instalado como "son tus alumnos, son tu problema" no es tan fácil.

Sobre la marcha se me enredan los ideales con las realidades de cada momento, de cada día, con los niños, los padres, los colegas. Creo que cada día me replanteaba si lo que estábamos haciendo, lo estábamos haciendo bien. Muchas veces nos sentíamos solas.

Hay que coordinar y sumar esfuerzos.....

Fueron necesarias muchas reuniones para hacer ajustes con las familias: persistía la agresividad en Lucrecia, los caprichos en Vanina, y es imperioso que Nicolás, con cinco años ya cumplidos, deje los pañales y use las férulas, y que Carina use el lenguaje oral para comunicarse. Cada día había un avance pequeño o grande, una sorpresa, pero también retrocesos que me desorientaban y desalentaban.

El seguimiento y acompañamiento del Equipo de Profesionales de la Escuela Especial es fundamental, y nos reunimos muchas veces allí, o en el Jardín, sólo los docentes con ellos ó también con los padres de cada uno de los niños. Fueron necesarios varios cortes evaluativos, además de los programados: para reorientarnos, analizar cada situación, hacer ajustes con la familia, buscar nuevas estrategias para con los niños, y muchas veces para "hacer catarsis".

El tiempo pasa, y van aprendiendo.....

Disfrutábamos cuando veíamos que podían permanecer más tiempo en la alfombra, decían alguna palabra o frase, reconocían sus pertenencias, y Lucrecia identificaba también las de sus

compañeros ¡cuántas veces la buscamos a ella para preguntarle ¿de quién es esta campera o mochila?!; Cuando ponían la mesa para el desayuno solos, luego de dar la consigna al grupo, hacían el tren para ir al baño, y se quedaban en su lugar durante los saludos a la bandera.

Carina permanecía más tiempo concentrada en una misma actividad, escuchaba la consigna dada al grupo, y pocas veces necesitaba supervisión. Vanina en cambio terminaba rápido, todo material de trabajo pasa por su boca, y reclamaba la presencia de alguna maestra en forma permanente para que le haga o le ayude, como hace la empleada en su casa que está casi exclusivamente para ella. Nicolás también necesita atención y mucho estímulo, pero a Lucrecia no se la puede dejar sola: cuando se termina la hoja, sigue en la mesa, la cara, el pelo, el guardapolvo del compañero.

Muchas veces, y de acuerdo a la actividad, nos faltaron manos. Necesitábamos que la Preceptora asuma un rol más activo. En el momento del desayuno era necesario sentarse al lado, Lucrecia necesita supervisión para que no saque lo ajeno, tire las galletas mordidas de nuevo en la panera, o las esconda debajo del individual o dentro del bolsillo.

Algunos padres entonces nos manifestaron su ilusión de verlos en la sala de cinco años, pero al culminar ese primer año vimos la necesidad de una permanencia en el mismo ciclo: había que reforzar hábitos, modificar conductas, utilizar el lenguaje oral para comunicarse, aprender a relacionarse.

La mirada que tengo sobre las Necesidades Educativas Especiales se ha ampliado, ya que no puedo centrarla solamente en los niños, porque detrás de cada uno hay una familia donde cada miembro asume de manera diferente, particular y como puede, esta situación especial. Estos padres son muy colaboradores con todo tipo de solicitud material, demuestran en forma constante su compromiso con el paso de sus hijos por el Jardín. Pero tengo la sensación de no haber hecho lo suficiente.....

Al comenzar el segundo año Nicolás vuelve a la Escuela Especial, su situación familiar y personal hizo que no pueda estar en condiciones óptimas de aprovechar esta integración. No sabemos por qué, Lucrecia se volvió más agresiva. Evaluamos y se hizo necesaria una reducción horaria, situación que a la familia le costó mucho aceptar.

Tanto pedimos por un grupo “más tranquilo”, y pronto comprobábamos que nuestro deseo se hacía realidad, pero las niñas integradas era ya mayores, estaban “cancheras” dentro del Jardín y al grupo le costaba ponerles límites, Nos dedicamos a reforzar hábitos, estimular el lenguaje oral y expresivo, aumentar la participación. Sentimos la necesidad de un mayor compromiso por parte del profesor de Educación Física y de la Preceptora.

Fueron muchos los paseos.....

Durante los dos años salimos, visitamos e investigamos muchos lugares: el barrio, la verdulería, el almacén, la biblioteca, y más lejos, el Museo de Arte, el Archivo Histórico y su biblioteca, el Museo Arqueológico, el Vivero, y participamos de actividades recreativas en el Centro Cultural. Los títeres, la mímica, los cuentos, los cumpleaños, los talleres de ciencias, los talleres con los padres, caracterizarse para los actos y fiestas, las muestras de ciencias, fueron diferentes oportunidades para compartir, estar con otros. Pero las prolongaciones de jornada y los acantonamientos (dormir en el Jardín) creo que fueron experiencias inolvidables para ellos. Cuando salimos a dar una vuelta por la laguna y estaba la luna llena, inmensa, y les conté el cuento de los ratones que querían comerse la luna porque decían que estaba hecha de queso, nos quedamos ahí parados, admirándola y allí notamos cómo en esos momentos podían hablar con mayor espontaneidad.

Vanina reconoce colores, cuenta hasta diez, nombra lo que ve en los libros, clasifica por atributos, habla, se comunica, pide, se dibuja casi completa y mejor si le dicen las partes que le faltan, reclama atención, llama, cuenta cosas, se disfraza, le gusta que la pinten.

Lucrecia cuenta hasta..... depende de si tiene ganas y no se inhibe, habla, dice lo que se debe y no se debe hacer aunque ella misma no lo cumple, juega, comparte haciendo construcciones.

A Carina le gusta el rincón de la casita. Allí interactúa poco pero los otros niños le dan participación en sus juegos, un día la dejan ser la mamá y al otro es la nena a la que le organizan y festejan el cumpleaños, o llevan de viaje. Eso sí: es mejor que al momento de ordenar esté la maestra porque ellas siguen y siguen jugando.....

En las tres vemos aspectos en los que han evolucionado en forma favorable. Allí están: mirando, escuchando, participando, jugando, bailando, corriendo, cantando, compartiendo, recibiendo pautas, límites, normas, cariño, firmeza y en más de una vez una fuerte llamada de atención y un enojo. Tampoco retaceábamos los estímulos positivos con “muy bien”, “te felicito”, “¡qué bueno!” entre otros, ante una buena acción, un gesto solidario, la obediencia y la permanencia en una misma actividad.

Los diferentes grupos aprendieron a conocerlos y aceptarlos, también que en cada situación les exigimos al máximo de sus capacidades, y sabremos cómo les fue cuando nuestros caminos se vuelvan a cruzar.....

Creo que los docentes necesitamos estar física y mentalmente preparados tanto para trabajar con estos niños como con sus familias, y una buena cuota de tolerancia a la frustración. Y por otro lado se me plantea una duda: ¿qué aprendió esta Institución con este proyecto? ¿Volveremos a poner en práctica esta experiencia?



Sabiendo que sus aprendizajes son a largo plazo, no me resulta fácil evaluar total y objetivamente todo lo que aprendieron, tampoco sé cuánto retendrán lo aprendido o cuán pronto lo olvidarán, ni puedo saber la dimensión futura de estas experiencias para ellos, pero de algo estoy absolutamente segura: allí están, porque tienen el derecho.

